

El vampiro más romántico

Eduardo Haro Ibars



AUNQUE posterior por la época al romanticismo, el vampiro que nos presenta Bram Stoker en «Drácula» es uno de los seres más románticos que se puedan imaginar: habitante de ruinas y de cementerios, y con una enorme capacidad de amor, conjugado —como en todo buen héroe romántico— con la muerte. El romanticismo de este personaje se ha perdido en buena parte al ser trasladado al cine: ni Bela Lugosi ni Christopher Lee, ni Tod Browning ni Terence Fihser, directores y actores, respectivamente, que han llevado a la pantalla al Conde —y cito a éstos simplemente porque son los más conocidos— han tratado el personaje con el respeto y el amor que se merece, sino más bien como un artículo de consumo.

EN los años veinte, Murnau nos dio una fascinante visión de Drácula en su «Nosferatu». Visión condicionada, desde luego, por la estética expresionista de su momento y de su país. Algunos han querido ver en esta obra maestra del cine y de la poesía una crítica al nazismo ascendente, pero a mí me parece que eso es exorbitar un poco las cosas, entre otros motivos, porque en los años veinte eran muy pocos los alemanes que pensaban seriamente que el nazismo era un verdadero peligro. Lo que sí está reflejado en estas películas —y en todo el cine expresionista alemán, desde Wiener hasta Lang, pasando, desde luego, por Murnau, es un clima de tensión, de horror y de angustia; algo muy lógico en el arte de un pueblo que acababa de pasar por una guerra espantosa, y que se hallaba sumido en una no menos espantosa depresión.

El vampiro de Murnau —que, por cierto, no se llamaba «Nosferatu», que es el nombre genérico de los vampiros en ciertas regiones de Alemania, sino Conde Orlock— no se parece mucho al Drácula original: es un ser feo, repulsivo, desprovisto de cualquier nobleza. Es el Mal encarnado; pero el Mal en lo que tiene de horrible, de desagradable y de siniestro, sin visos de romanticismo alguno. El vampiro de Murnau no nos produce ni miedo ni esa morbosa y sexual fascinación del Conde Drácula; simplemente, repugna. La muerte le acompaña —es decir, él lleva la muerte— en su forma más fea: la peste. Su animal es la rata, no el murciélago.

Pues bien, de ese ser horrendo y espantoso, y respetando bastante la película original de Murnau, Werner Herzog vuelve a hacer un personaje romántico. Es tal vez una



El vampiro de Murnau no se parece mucho al Drácula original: es un ser feo, repulsivo, desprovisto de cualquier nobleza. Representa el mal en su aspecto más desagradable y siniestro.

cuestión de estética, de punto de vista, Herzog nos da, sí, un monstruo horrendo, feo y viejísimo, como corresponde a un cadáver ambulante; pero lo trata con ternura y con mucho humor. Este cadáver horroroso, de uñas larguísimas, calvo y con orejas de soplillo, que no podría —como hacía su congénere Drácula— salir a hacer vida social, por el espanto que inspiraría su mera presencia, se nos humaniza en la película de Herzog, y hasta casi llegamos a entenderlo. No es, como en Murnau, simplemente una

horrible sombra, parte de un horrible ambiente; se trata de un ser capaz de amar, de sentir deseos —y no sólo deseo de sangre— y hasta de morir de amor. No es el Mal, sino un ser víctima de ese mismo Mal, y que tiene, como una de las desgracias suyas, el transmitirlo.

El vampiro en general es un ser extraño: no se trata —salvo en el caso concreto de Drácula— de alguien que tenga una voluntad de mal; no es el diablo, sino que está poseído por él. Y esto Herzog lo

ha entendido perfectamente.

■ E. H. I.

NOTA DE LA REDACCIÓN.—Sobre el Conde Drácula y el tema del vampirismo en general, se publicó un amplio trabajo de Eduardo Haro Ibars en el número 50. También es interesante, y puede ser de utilidad para los interesados en el tema, el artículo de Ramiro Cristóbal publicado en el número 850 de la revista «Triunfo».



Respetando al personaje y gran parte de la historia de Murnau, Herzog devuelve el romanticismo al personaje del vampiro; y esto lo hace por una suerte de punto de vista estético.